



VISTA DE SANGÜESA (NAVARRA)

Joarizti y Mariez, fot.; Barna.

Hállase situada esta antiquísima ciudad, de cuya fundación no se tiene noticia cierta, en el partido judicial de Aoiz, provincia de Navarra, á la margen izquierda del río Aragón, que baña sus ruinosos muros. Empezó á sonar su nombre en los primeros tiempos del reino de Navarra, y figuró como plaza fuerte fronteriza del reino de Aragón. En varias ocasiones tuvieron sus habitantes que hacer frente á los aragoneses, y en 1312 los rechazaron con gran pérdida en el vado de San Adrián, apoderándose del estandarte real de Aragón, por lo que la ciudad cambió su escudo de armas, que era un castillo en campo de plata, por cuatro palos de gules sobre igual campo y á los lados las letras S. A. primera y última de la palabra Sangüesa. En 11 de enero de 1812 el general Espoz y Mina

derrotó en sus inmediaciones al general francés Abbé, que perdió 400 hombres y 2 cañones. Tiene esta ciudad algunas antigüedades entre ellas la iglesia parroquial de Santa María ó de la Asunción, con esbelta portada bizantino-gótica y una torre bastante original rematada en una elevada pirámide. Aun conserva restos de sus fortificaciones, entre ellos algún lienzo de muralla y varios torreones cuadrados, testigos de su antigua calidad de plaza fuerte. En varias ocasiones Sangüesa ha sido casi arruinada por las impetuosas avenidas del río Aragón, sobre el cual tiene un puente, que, si robusto en otros tiempos, hoy se halla bastante deteriorado. Entre los edificios dignos de mención, cuenta un buen establecimiento de instrucción de niñas.

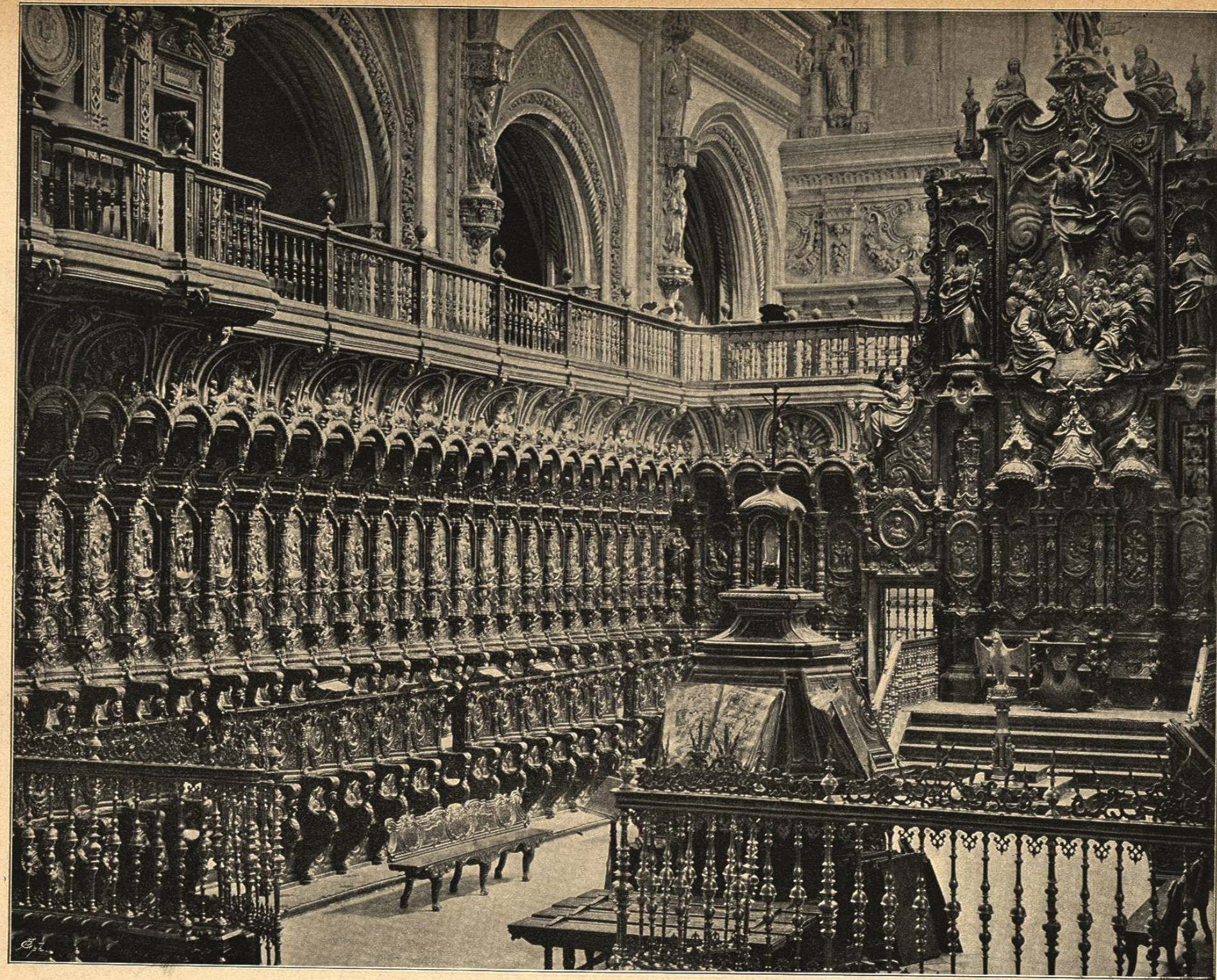


EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA Á BORDO

Audouard, fot.; Barna.

En todos los buques de gran porte de las escuadras militares se celebran los domingos y fiestas de precepto los ejercicios del rito católico con arreglo á la religión oficial del Estado. A bordo de los barcos de guerra de la marina nacional forma la dotación con armas frente al altar colocado en el entrepuente, al cual sirve zaganete de honor una escolta de la guardia, y en el que el capellán de á bordo celebra el santo sacrificio de la misa. La compostura y devoción con que la tripulación asiste á él son ejemplares, siendo un momento de los más solemnes, que conmueve verdaderamente y hace dirigir á Dios el pensamiento, aquel en que el sacerdote eleva la Sagrada Forma y la divina sangre del Cruci-

ficado á los sonos de la marcha real y ante gran número de hombres que, reverentemente postrados de hinojos, presentan las armas en muestra de acatamiento al Ser Supremo. Dos individuos de la misma dotación ayudan la misa. Lo sencillo á la par que augusto de la ceremonia, la situación, el lugar en que ésta se celebra, teniendo por pavimento el mar y por bóveda el cielo, todo contribuye á revestirla de cierta solemnidad. Una vez terminada, sigue la lectura de algunos artículos del Código de la Marina de guerra, lectura á que pone término el Comandante del buque dando un ¡Viva el rey! que es contestado por toda la dotación.

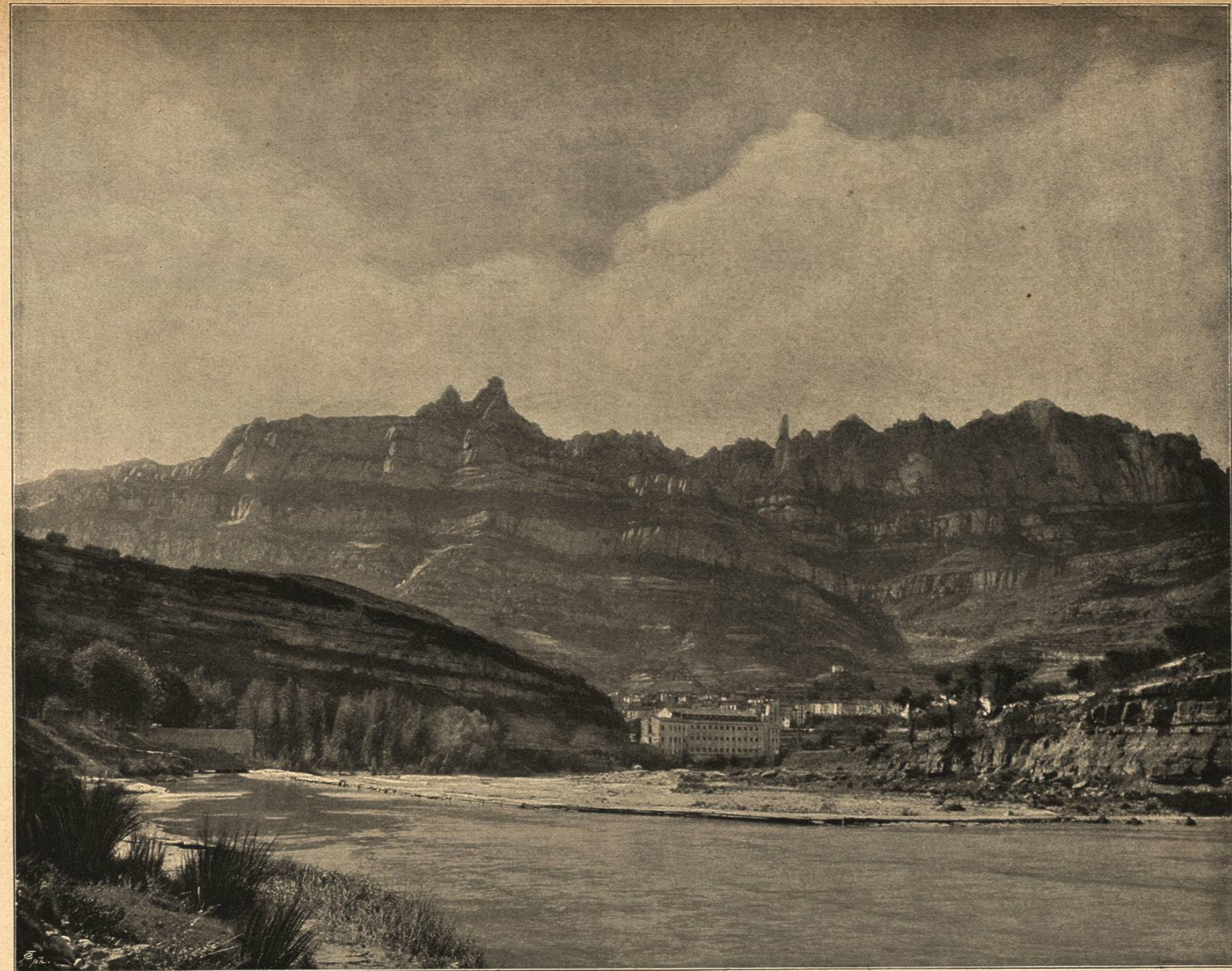


ANGULO DEL CORO DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA

Molina, fot.; Córdoba.

La famosa catedral cordobesa es un conjunto de maravillas del arte y del buen gusto mezcladas con otras construcciones en que ni uno ni otro campean, según que estas construcciones se han ido añadiendo a la primitiva aljama ó mezquita musulmana, desfigurando en gran parte sus bellezas. Así sucede con la capilla mayor, construida en el siglo XVI en el centro de la Catedral, á pesar de la oposición del Ayuntamiento el cual tuvo que ceder en virtud de una orden del emperador Carlos V para que se llevase á cabo la obra; pero este monarca, arrepentido tres años después de su decisión cuando pudo ver personalmente el sacrilegio artístico cometido, increpó al cabildo diciéndole: «Si yo tuviera noticia de lo que hacíades, no lo hiciérades; porque lo que queréis labrar hallarás

en muchas partes, pero lo que aquí teníades, no lo hay igual en el mundo.» El coro, á pesar de su magnificencia, tampoco guarda relación con el edificio, pero lo exquisito y minucioso de su trabajo, le releva hasta cierto punto de censura. La sillería, en especial, es una maravilla de ejecución que sorprende y admira. Fué labrada de marzo de 1748 á septiembre de 1757 por D. Pedro Duque Cornejo, escultor de cámara de la reina Isabel Farnesio, representa una labor inmensa. Es toda de rica caoba y consta de 63 sillas con la episcopal llena de figuras de gran tamaño; en los grandes medallones que forman el respaldo está representado el Antiguo y el Nuevo Testamento; así como en las sillas bajas se ven los Santos Mártires de Córdoba.



VISTA DE LA MONTAÑA DE MONTSERRAT DESDE EL PUENTE

Audouard, fot.; Barna.

Es una, seguramente, de las vistas más soberbias que pueda disfrutar el viajero y aun el viajero acostumbrado á esta suerte de impresiones. ¿Queréis saborearla en toda su belleza y con esa artística gradación de efectos que avallora doblemente la emoción experimentada?... Id á situaros una mananita de verano antes del alba en el puente.... El monte permanece todavía envuelto en su negrura impenetrable: espesísima bruma se cierne sobre el valle, se extiende sobre sus laderas y sube hasta sus cimas. Acá y acullá, un picacho surgiendo á través de la niebla proyecta su agudo perfil sobre el fondo del cielo en donde chispean las últimas estrellas de la noche. Poco á poco una tenue claridad asoma en el Oriente: la densa masa de vapores que flota sobre los riscos y en las hon-

donadas reviste tintas de un gris opaco que gradualmente se matiza de grandes manchas blancas, casi diáfanas, á cuyo través empiezan á dibujarse en indecisos y vagos contornos las gigantescas rocas, semejantes á apocalípticas apariciones creadas por sobrenatural fantasía. De súbito parece inflamarse el horizonte en destellos de oro y púrpura: oleadas de luz se esparcen por los espacios y por la tierra; el astro-rey fulgura esplendoroso en el infinito, y á sus potentes rayos disípanse las brumas. Entonces, cual si la adormecida montaña se despojara lentamente de sus nocturnos velos, descubre uno tras otro en maravillosa gradación todos sus encantos y todas sus grandezas. Montserrat se ostenta á la mirada humana con toda su incomparable é indefinible hermosura.